

La pluja

Salvador Espriu

«Lluvia de invierno»

Compasiva, lánguida, clara, esta agua de lluvia de invierno. Caminó toda la peregrinación del cielo, encontrándose multiplicadamente a través de los finos senderos de la niebla, ofrecida espejo de ella misma, hermana de la luz. El águila no imperó nunca sobre la fuente que daba a luz esta agua, la serpiente no sabe la profundidad donde la lluvia se muere. Venía por los castillos de la luz, del origen no traspasado por ninguna ala, y se agrisaba en la red de las nubes, para no herir humildades de la tierra. El do de cristal colma de rumor los olmos calvos, abrillanta los brazos mendigantes de los árboles, ampara el naufragio de las masías, perdidas en la hostilidad de la montaña sin senderos. Montañas de bailes malignos, culto antiguo de pequeño diablo ávido, fauno en la claridad de mi jardín de verano, ahora canónigo en el capítulo de los chivos. Ebrio de recuerdos de la uva, el diablo busca desnudeces de diosa en la carne de las brujas y exalta, astuto, esa nieve imaginaria. El halago salva la liturgia moribunda, en el claro, todos los sábados del frío, bajo la lluvia. El agua cubre poco a poco la danza de las sombras, el vuelo de las lechuzas, la soledad de los abetos, la pesadilla del campo. Voces benignas se alzan en su alabanza. Porque es pequeña y piadosa, porque tiene poder sobre la simiente y sobre la roca, porque ha llorado todo el invierno sobre una tumba, sobre tu nueva señoría por siempre, pie armónico que disciplina el paso de las horas sin ti, sin palabras.